

EDAD MEDIA
Y MEDIEVALISMO

Temas de Historia Medieval

Coordinador: JOSÉ MARÍA MONSALVO



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

EDAD MEDIA Y MEDIEVALISMO

José María Monsalvo Antón



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© José María Monsalvo Antón

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-044-0
Depósito Legal: M-26.686-2020

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
1.1. <i>Propósito de la obra</i>	9
1.2. <i>Historia, ciencia social y suma de disciplinas “auxiliares”</i> ..	11
1.3. <i>Concepto geográfico y temporal de la Edad Media</i>	13

PARTE I

LA EDAD MEDIA. IMAGEN Y REALIDAD

1. ¿UNA “EDAD OSCURA”? EL MITO DE LA EDAD MEDIA	19
1.1. <i>La “invención” de la Edad Media, del Humanismo al Siglo de las Luces</i>	20
1.2. <i>Romanticismo, nacionalismo y mitos de la modernidad</i> ..	26
1.3. <i>La percepción de la Edad Media en la época de la cultura de masas: literatura, cine y otros medios</i>	33
2. REIVINDICACIÓN DE LA EDAD MEDIA DESDE EL PRESENTE	49
2.1. <i>Luces y sombras. Una necesaria desmitificación</i>	51
2.2. <i>Siete razones para apreciar la Edad Media</i>	53
2.2.1. <i>Legado de Roma y de la Cristiandad</i>	54
2.2.2. <i>El dominio de la naturaleza y la aparición de paisajes humanizados</i>	62
2.2.3. <i>El dinamismo de la economía medieval y del feudalismo</i>	64
2.2.4. <i>Modernización de las estructuras familiares</i>	71
2.2.5. <i>Identidades territoriales y poderes políticos: de las comunidades locales a los Estados</i>	80
2.2.6. <i>Memoria simbólica y patrimonio artístico y cultural</i> ..	85
2.2.7. <i>Lenguas y literaturas vernáculas, simiente de fantasía e imaginación</i>	86

PARTE II

LAS FUENTES MEDIEVALES EN SU CONTEXTO HISTÓRICO

3.	TIPOLOGÍA DE LAS FUENTES	91
3.1.	<i>Fuentes escritas y arqueológicas: tipos y clasificación . .</i>	92
3.2.	<i>Documentación y grandes repertorios de fuentes escritas</i>	104
4.	MARCOS HISTÓRICO-CULTURALES DE LOS SISTEMAS DE FUENTES	109
4.1.	<i>Implantación de la cultura intelectual eclesiástica (siglos IV-VIII)</i>	109
4.2.	<i>Aparición de sistemas legales en el Occidente medieval</i>	113
4.3.	<i>La primera cronística en los reinos medievales (siglos VI-X)</i>	114
4.4.	<i>El rastro arqueológico altomedieval: paisajes y asentamientos</i>	119
4.5.	<i>Fuentes artísticas prerrománicas (siglos VI-XI)</i>	122
4.6.	<i>Colecciones documentales (siglos VIII-XV)</i>	124
4.7.	<i>Textos jurídicos y leyes de la Plena y Baja Edad Media . .</i>	131
4.8.	<i>Documentación judicial</i>	138
4.9.	<i>Fuentes textuales del marco cultural en latín: pensamiento y literatura latinos</i>	142
4.10.	<i>Fuentes textuales del marco cultural latino: cronística . .</i>	145
4.11.	<i>Literatura en lenguas vernáculas</i>	151
4.12.	<i>Textos cronísticos en lenguas vernáculas</i>	162
4.13.	<i>Fuentes arqueológicas de la Plena y la Baja Edad Media</i>	166
4.14.	<i>Arte e iconografía en las épocas románica y gótica</i>	169

PARTE III

EL MEDIEVALISMO PROFESIONAL, DEL SIGLO XX A NUESTROS DÍAS

5.	LOS ESTUDIOS MEDIEVALES, DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	173
5.1.	<i>Consideraciones preliminares</i>	174
5.2.	<i>La historia general y las especialidades académicas</i>	176
5.3.	<i>La primera profesionalización del medievalismo en España</i>	177
5.4.	<i>Influjo de las ciencias sociales</i>	181
5.5.	<i>Primeros referentes del medievalismo del siglo XX y aparición de Annales</i>	185

6.	DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL A LOS AÑOS OCHENTA: “NUEVA HISTORIA” Y CONSOLIDACIÓN UNIVERSITARIA DEL MEDIEVALISMO.	191
6.1.	<i>Cambios generales en la nueva etapa</i>	191
6.2.	<i>La “nueva historia” y el esplendor de Annales</i>	197
6.3.	<i>La influencia del marxismo hasta los años ochenta</i>	212
6.4.	<i>Otras líneas y temáticas hasta los años ochenta</i>	220
6.4.1.	Diferencias geográficas	220
6.4.2.	Auge de la historia rural	224
6.4.3.	El polémico feudalismo.	228
6.4.4.	El interés por las ciudades	229
6.4.5.	Énfasis en las luchas y conflictos	233
6.4.6.	Élites de poder	235
6.4.7.	La historia cultural, a la sombra de Annales.	236
6.4.8.	Aparición de la “microhistoria”	237
6.5.	<i>El medievalismo en España, de la posguerra a la transición</i>	239
6.5.1.	La contracción del medievalismo durante el franquismo	239
6.5.2.	El punto de inflexión. De la “generación del 68” a la transición	246
7.	EL MEDIEVALISMO EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS DEL SIGLO XX Y COMIENZOS DEL SIGLO ACTUAL	251
7.1.	<i>Un marco expansivo del medievalismo</i>	252
7.2.	<i>Algunas tendencias: crisis de los grandes paradigmas, giro lingüístico y “nueva historia cultural”</i>	254
7.3.	<i>Otros acentos y avances destacables en algunas temáticas del medievalismo reciente</i>	271
7.3.1.	La renovación de la historia rural: la influencia de la arqueología y de los enfoques antropológico y sociopolítico sobre el campesinado	272
7.3.2.	Revisiones sobre los “feudalismos”: la consolidación de los modelos regionales	283
7.3.3.	Las ciudades: énfasis en la jerarquización de la red urbana y priorización de las culturas políticas de los grupos sociales	285
7.3.4.	Élites del poder: formación de estructuras estatales y “nueva historia política”	292
7.4.	<i>La normalización del medievalismo español. Tendencias y nuevos enfoques</i>	296

7.4.1. Situación general de los estudios sobre Historia Medieval de España en las últimas décadas.	296
7.4.2. Algunas temáticas y perspectivas del medievalismo reciente en España	305
EPÍLOGO. DESAFÍOS CIENTÍFICOS Y CAMBIOS EN LA PRÁCTICA DEL OFICIO	325
SELECCIÓN DE TEXTOS	337
1. <i>Utilidad de la Edad Media para el conocimiento de los cambios sociales</i>	337
2. <i>“Acontecimiento, suceso”. Crítica a la historia événementielle</i>	339
3. <i>El tiempo histórico, según Braudel.</i>	341
4. <i>Eclosión de la historia de las mentalidades en la escuela de Annales.</i>	343
5. <i>Factores religiosos y culturales de la protesta social. El punto de vista de Rodney Hilton a propósito del levantamiento campesino inglés.</i>	345
6. <i>La “historia desde abajo” en la escuela de Annales y entre los historiadores marxistas británicos</i>	348
7. <i>Los conceptos de representación y de historia cultural de lo social en la “nueva historia cultural”</i>	351
8. <i>Encrucijada de la “nueva historia cultural” en el nuevo siglo</i>	355
9. <i>Modelos históricos miméticos y riesgos de percepción deformada de la realidad histórica</i>	357
RECURSOS SOBRE LA EDAD MEDIA	361
I. <i>Debates, glosarios, grandes colecciones de fuentes.</i>	361
II. <i>Publicaciones periódicas.</i>	365
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA.	369

2

REIVINDICACIÓN DE LA EDAD MEDIA DESDE EL PRESENTE

La Edad Media puede ser invocada como fantasía desde cualquier perspectiva. Se hizo en el pasado y se hace en nuestra época. Hacia 1973 Umberto Eco –con otros colegas: Alberoni, Sacco y Colombo– presagiaba que el mundo de finales del siglo xx entraba en “la nueva Edad Media”. Se percibía en la pérdida de certidumbres colectivas, la guerra de civilizaciones, los nuevos bárbaros, la aparición de las sectas, la inseguridad (Eco *et alii*, 1974). Alain Minc, en 1993, en un libro de igual título, retomaba la idea, insistiendo en el vacío de convicciones, en la crisis de las ideologías. En 2011 Tommaso di Carpegna escribe *El presente medieval. Bárbaros y cruzados en la política actual*, donde de nuevo vuelve a verse la actual civilización en crisis en clave del modelo medieval.

¡Tantos autores han sostenido analogías entre el presente y la Edad Media! Las crisis de desarrollo, las crisis de identidades, las revisiones apocalípticas, la desconfianza hacia el futuro del progreso continuo, el presumible hundimiento de las hegemonías largamente asentadas en los gobiernos y en las ideologías, la globalización... Todas estas percepciones han empujado a muchos ensayistas, narradores y agoreros a profetizar que estos fenómenos abocan al colapso de un mundo seguro cuyo vacío deja entrever un vértigo frente a lo desconocido, asociado a las penumbras de la Edad Media.

A estas distopías más recientes sobre “la nueva Edad Media”, habría que sumar, en otra línea diferente, el retorno de leyendas y mitos edulcorados. En realidad, forma parte del medievalismo y *neomedievalismo* cultural de los últimos dos siglos (Freedman, Spiegel, 1998; Sanmartín Bastida, 2004; Matthews, 2015; Di Carpegna, 2015; Martínez Sopena, 2016). El concepto, si lo entendemos como una recomposición docta de ideas, imágenes y obras de arte inspiradas en la Edad Media, se refiere a los *revivals* y reminiscencias sabias o sofisticadas de la época. Se incluirían también visiones posmodernas de una Edad Media embutida en un supuesto aroma grotesco o irracional que se propone como alternativa al canon de progreso, racionalista y de orden que se considera propio del mundo actual, pero que resulta por eso mismo algo tedioso. La Edad Media imaginaria puede habitar libremente en ese limbo de representaciones estéticas en que artistas y escritores ubican sus ilusiones creativas.

Sin embargo, tanto estas recreaciones culturalistas como la similitud metafórica entre el mundo actual en crisis y la Edad Media no dejan de ser artificios, lodos que se han formado tras los polvos de esa monumental adulteración histórica que, como se ha indicado antes, hemos respirado en Occidente durante siglos. La época medieval es lo suficientemente lejana para que cada cual haya podido proyectar sobre ella el paisaje cóncavo y nebuloso de sus íntimas ensoñaciones, o haya rebuscado allí mundos perdidos o utopías de todo tipo. No hay que alarmarse si las imágenes de la Edad Media falsificada, ya sea negra o rosa, reverdecen cíclicamente. También se disipan con la volatilidad propia de las modas culturales.

Frente a este tipo de imágenes se yergue –lo intenta– la visión que los medievalistas tienen sobre la Edad Media. En principio, la percepción de los historiadores sobre la Edad Media les permitiría discernir entre la imagen tópica y la imagen profesional, distinción interesante si se trata de hacer divulgación, por ejemplo, y no dejarla en manos de aficionados, o si se quiere atraer al público hacia el período medieval sin perder el rigor (González Jiménez, 2009). Incluso el medievalismo es considerado como un observatorio privilegiado no solo para comprender la Edad Media, sino las sociedades históricas (texto n.º 1). El conocimiento del medievalismo por los historiadores de oficio es de calidad, porque está sustentado por la “ciencia”, aunque a muchos les parezca que esta no es más que una entelequia. El relato más riguroso, el que proporcionan los historiadores, se levantaría, por tanto, como contrapunto de las representaciones ilusorias de lo medieval.

Naturalmente, los conocimientos de los que hoy se dispone son ingentes, muy técnicos a menudo. Sin entrar en los pormenores de sus fundamentos, cabe ahora hacer una pequeña reivindicación de la Edad Media. Una pequeña contraprogramación de los tópicos. Debemos mucho más de lo que parece a la época medieval. A su civilización. Diferente de la nuestra, pero no absolutamente irreconocible.

Porque los caballeros, los monasterios, los estamentos o el miedo al demonio nos transportan a un mundo ya perdido y por eso mismo empapado de la magia de la nostalgia. Pero también porque las raíces de nuestros Estados, naciones o regiones, paisajes, familias, patrimonio o espiritualidad están en la Edad Media. ¿Cuál es el sentido de la historia medieval, como objeto, y de la Historia Medieval, entendida como la ciencia que lo estudia? Precisamente, saber que fue una civilización distinta, pero no exótica. Con el grado de alteridad justo para hechizarnos y desafiar a la vez nuestra capacidad de analizarla. Una civilización que, por su relativo arcaísmo, puede ser comprendida en clave de la Antropología, pero que es también susceptible de ser abordada con la hermenéutica de la Economía, el Derecho o la Sociología. Y, aglutinando todas estas disciplinas, la Historia, la mejor equipada para captar las interrelaciones entre las estructuras estables –pero no inertes– y las dinámicas del cambio.

2.1. Luces y sombras. Una necesaria desmitificación

Fealdad, atraso y miseria asociados a la época medieval. Quizá habría que empezar por ahí. Y por la insalubridad, suciedad y enfermedades.

Pero el atraso en la medicina o, lo que es lo mismo, el desconocimiento de los fundamentos básicos de la enfermedad, la falta de higiene y de atención a la salud pública, se reconocerá que no han sido situaciones exclusivas de la Edad Media. Se han padecido hasta los albores de la época contemporánea. ¿Hasta cuándo se han usado unguentos y sangrías para curar dolencias de las que nada se sabía?, ¿cuándo se han sabido diagnosticar las principales patologías? La Edad Media, en esa esfera, es tan esotérica como lo era la antigua Roma o el Siglo de las Luces. Por otra parte, cualquier estudioso de las ciudades medievales conoce los esfuerzos de las autoridades bajomedievales por acometer obras de saneamiento, controlar los abastecimientos básicos y facilitar el acceso de las poblaciones al agua potable y los alimentos.

En los siglos siguientes hubo avances en esta materia, pero el camino estaba iniciado en la Edad Media.

Por lo que respecta a las enfermedades, se ha podido sugerir que la lepra afectó al 2-3% de la población. Pero se confundía con otras alteraciones cutáneas; por otra parte, había instituciones para acoger a los segregados por esta supuesta dolencia; además, hoy se sabe que remitió a lo largo de la Edad Media, incluso se esfumó ante el bacilo de la tuberculosis, con el que podría ser poco compatible (Fossier, 2007: 35-37). La peste negra de 1348 y los años siguientes son el ejemplo emblemático de mortalidad catastrófica. Pero los 20-25 millones de fallecidos en aquella pandemia, quizá hasta un 30% de población en el Occidente medieval –situación, por otra parte, única en los mil años de historia medieval– fueron superados por los millones de personas que perecieron –por enfermedades básicamente– en la conquista y colonización de América central y del sur, o por los 50-60 millones que cayeron, coincidiendo con las dos guerras mundiales del siglo xx, la mayoría fuera del campo de batalla. En cuanto a la miseria, no estaría de más recordar que la Europa del siglo xiii supo dar de comer a una población que en poco más de un siglo se había multiplicado por tres. No puede decirse lo mismo del mundo del siglo xx ni del siglo xxi, sin ir más lejos.

Cualquiera de los mitos que todavía existen sobre la Edad Media se derrumba ante la mirada objetiva del historiador. El campesino de la gleba fue minoritario en la Edad Media, pese a lo que se dice. El “derecho de per-nada” fue propaganda nacida para desprestigiar a la nobleza. Los ilustrados y revolucionarios franceses, ya sabemos con qué propósitos de legitimación de su causa (*cf. infra*), no dudaron en aprovechar el odio social que se les tenía a los nobles. En Alemania se habían difundido bulos sobre estos abusos en el siglo xvi. En el Siglo de las Luces se tergiversaron deliberadamente ciertos tributos medievales, ciertos servicios y costumbres –*merchet* inglés, *formariage* francés, entre otros– que se daban en el seno de algunos señoríos, ciertas palabras sacadas de contexto... Hasta suponer un *ius primae noctis*, que nunca fue un derecho medieval. No lo fue porque los tributos aludidos no tenían un componente sexual, sino de reconocimiento señorial y fiscal. Pero gracias a la distorsión, los detractores del Antiguo Régimen atribuyeron a los señores o los nobles actos infamantes e ignominiosos que ubicaban en la Edad Media, escamoteando el hecho de que tales prácticas no se dieron en ese período (Boureau, 1995). La misma combinación de ignorancia y mala

fe valdría a propósito de la crueldad, la brutalidad y otras tantas exageraciones atribuidas a la Edad Media, como se indicaba en capítulos precedentes.

También se asocia la Edad Media a la guerra. Hubo muchas, sin duda. Las guerras medievales fueron crueles, como recuerda Sean McGlynn, pero este mismo estudioso no olvida recordar que las de nuestro tiempo también lo son (McGlynn, 2009). Ninguna guerra medieval es comparable a los desastres bélicos del siglo pasado. Las dos conflagraciones denominadas mundiales han causado más millones de muertos que cualquier otra guerra del pasado. Y, fuera de Europa o Norteamérica, las guerras locales o regionales han sido endémicas en época contemporánea.

Y si quisiéramos hablar de persecución de minorías, las hubo. Pero las hogueras inquisitoriales se identifican más con la Edad Moderna, en Castilla, desde luego. Y además costará encontrar en época medieval algo semejante a genocidios que, sin embargo, han marcado el siglo xx.

Las ideas preconcebidas sobre la Edad Media contrastan con los conocimientos de los historiadores de oficio. Hace unos años, la Real Academia de la Historia patrocinó un ciclo de conferencias con el significativo título de *Tópicos y realidades de la Edad Media* (Benito Ruano, coord., 2000-2002). Frente a la historia de “luces y sombras” –Verdon–, o de “sombras y sueños” –Martínez Sopena–, para “acabar con la Edad Media” –Régine Pernoud–, para contrarrestar la “impostura” sobre lo medieval –Heers–, o incluso para distinguirla de la moda del “neomedievalismo” –Matthews– en la literatura, el cine o las bellas artes, es preciso acudir a la Historia profesional (Heers, 1995; Pernoud, 1998; Sergi, 2001; Matthews, 2015; Verdon, 2016, Martínez Sopena, 2016).

Se tratará más adelante de las fuentes y del medievalismo profesional. Pero antes cabe hacer, conjurando prejuicios y tópicos, una defensa primordial de lo medieval: debemos a aquella época mucho más de lo que a menudo suponemos. Esa es la idea.

2.2. Siete razones para apreciar la Edad Media

Entre otros posibles, escogemos aquí algunos procesos y fenómenos medievales que permiten reivindicar, o ponderar mejor, lo que debemos a la Edad Media. No se trata tanto de objetos: esos “botones, bancos, brújulas y

otros inventos” medievales, como también lo fueron las gafas, el tenedor o la pólvora (Frugoni, 2008). Se examina aquí un legado hondo y más difícil de captar a primera vista. Y que se sitúa en la médula de una civilización cuyas estructuras permitieron avanzar históricamente y que afecta a las identidades materiales y sociales que nos definen como europeos.

Podrá objetarse que esta reivindicación se centra en Occidente. Es así. Otras civilizaciones exigirían otros razonamientos. Otra exégesis. Si no se hace aquí no es por eurocentrismo, sino porque este libro está referido de forma directa a la Edad Media y al medievalismo del Occidente europeo. En algún libro se ha resaltado una especie de idiosincrasia o especificidad de Occidente –“excepcionalidad” o *Sonderweg*, tal como aparece en el título original de Mitterauer– a partir de algunos fenómenos: una revolución agrícola altomedieval, con la extensión de los cultivos de avena y centeno; el sistema *manorial* o de dominios carolingios; la familia conyugal y el parentesco bilateral; la competencia entre Estados; la organización eclesiástica, en concreto la Iglesia papal, por su dimensión universalista; las cruzadas, en el contexto de la “protocolonización” exterior; las predicaciones como modos de comunicación de masas (Mitterauer, 2008). La perspectiva resulta sugestiva. Muchos de estos fenómenos son unánimemente aceptados como rasgos indiscutibles y podemos compartir el potencial de algunos como catalizadores de la singularidad europea. Sin embargo, no todos fueron tan relevantes en la historia ni merecerían ser destacados como raíces o piezas señeras de la identidad de Europa. Y, en algún caso, hay otros problemas: ¿por qué resaltar la revolución agrícola altomedieval y no la de los siglos XI al XIII?

Preferimos enfatizar ahora ciertas contribuciones de la Edad Media que han hecho posible nuestro mundo. Aunque algunas acaban de enunciarse –formas de familia, relaciones entre Estados...–, se precisará su alcance. Otras pasan desapercibidas, o no son realzadas como merecerían. Son argumentos, como reza el apartado, para apreciar la Edad Media.

2.2.1. Legado de Roma y de la Cristiandad

La sociedad europea medieval surgió de una peculiar simbiosis entre raíces diversas. Por un lado, el mundo incluido en los límites del Imperio romano había desarrollado una civilización basada en la agricultura, la propiedad,

la esclavitud, el Estado, el territorio, el derecho y la ciudadanía. Por otro lado, más allá del *limes*, los pueblos germánicos, aunque aculturados entre los siglos II y V, partían de bases distintas: sin un Estado entendido como territorio reconocido, el espacio regnícola se percibía allí como una unión de hombres libres, concretada en una monarquía cuya realeza era en origen elegida, sostenida por el pueblo armado y donde actuaban diversas estirpes y grupos suprafamiliares heterogéneos. La Edad Media fusionó ambas concepciones de la sociedad y del Estado, pero añadió un tercer actor, la Iglesia.

Además de ser ariete de la aculturación de los “bárbaros” –lo siguió siendo incluso durante la segunda mitad del primer milenio–, la Iglesia reforzó las tendencias que habían aparecido en la Roma tardía. La propiedad individual o familiar salió reforzada. Pero, por otra parte, socavó doctrinal y empíricamente la esclavitud, que quedaría como algo residual. Extendió el latín por toda Europa. Y reforzó el poder de los reyes al imponer la doctrina de que su autoridad procedía de Dios, si bien tenían que atenerse a determinadas reglas, morales o de otro tipo.

La confluencia de estas tres grandes tradiciones, la romana, la germánica y la eclesiástica, que fraguó aproximadamente entre el año 400 y el 700, cambió rotundamente el destino de Europa. Gran parte de lo que nuestro mundo ha heredado del pasado se debe a esa fusión tan característica y sin parangón en ninguna otra parte del mundo. Los tres componentes son esenciales, pero una determinada institución forjó la armonización. La europea es la única civilización cuyo trascurrir se ha identificado durante siglos –los medievales y unos cuantos más– con una institución concreta, la Iglesia latina (Mitterauer, 2008; Morsel, 2007).

En el caso concreto de la cultura, y en ella se centra ahora la argumentación, fue la Iglesia la que hizo posible la conservación del legado clásico, que custodió, admiró y adaptó a su propia idiosincrasia.

En realidad, la actitud de la Iglesia con respecto a la tradición antigua no fue uniforme. Es evidente que el cristianismo y la Iglesia se abrieron paso precisamente luchando contra los valores que consideraban “paganos”. Se ha hablado recientemente en algún libro –Catherine Nixey– de “cómo el cristianismo destruyó el mundo clásico” y se habla de “edad de la penumbra”. Esta referencia alude específicamente a cómo en los siglos IV y V se demolicieron los templos romanos, se destruyó parte del patrimonio anterior y se extirparon creencias contrarias a la religión católica, como el politeísmo y

sus ritos. Esta misma actuación, contemplada desde el ángulo opuesto, presentaría un contrapunto brillante: evangelización, lucha contra las supersticiones, moralización de la sociedad. Desde esta óptica, la fe verdadera se habría impuesto a creencias consideradas equivocadas, inhumanas, brutales, perversas o satánicas.

Una contraposición de visiones sesgadas, como las que describe el párrafo anterior, recomendaría no simplificar el efecto de los cambios históricos. En una perspectiva no maniquea, de largo plazo y que busque aquilatar el papel de la Iglesia una vez superados los primeros compases de la Tardoantigüedad, habría que destacar que su contribución no enfatizó la destrucción, sino la integración. Los grandes Padres de la Iglesia escribían contenidos cristianos, pero con sintaxis y vocabulario romanos. Comenzando por el principal referente, san Agustín. Los grandes Padres de Occidente de la misma generación del citado san Agustín, de san Ambrosio y de san Jerónimo fueron sabios antiguos. Y con más motivo aún, por ser posterior, lo fue san Isidoro. Por no hablar de notables escritores cristianos –Sidonio Apolinar, Casiodoro, Boecio– que, en los siglos V y VI, aspiraban a salvar los contenidos y las formas de las letras antiguas.

El marco latino romano, que había sido unitario, se vio sacudido en los siglos VII y VIII por una fragmentación cultural en Europa (Banniard, 1989). A largo plazo conduciría a la afloración de lenguas vernáculas y nuevos actores culturales (*cf. infra*), pero durante siglos tendrían un rol subalterno frente a la “cultura eclesiástica”, que se impuso entre los siglos VII y XII. En cuanto a la cultura clásica, ¿se extinguió?, ¿fue extirpada?

La respuesta es negativa, pese a los tópicos. Tras la caída de Roma, buena parte de la literatura latina se perdió. En un clásico trabajo de Andrew F. West, que no ha sido refutado en lo fundamental, se daban cifras elocuentes. Decía que se tiene noticia de 772 autores latinos, pero de 352 de ellos solo se conocen fragmentos y de 276 apenas el nombre. Es decir, solo de 144 es posible leer una o más de una obra entera, el 18'6% del total (West, 1905: 376). ¡La pérdida fue colosal! Ahora bien, ¡cuánto más profunda habría sido sin el esfuerzo de los copistas e intelectuales cristianos medievales! Ellos contribuyeron a evitar la pérdida total de las obras clásicas. Esta contribución no puede escamotearse.

Por otra parte, se sabe que en los primeros siglos medievales se mantuvo el esqueleto de una enseñanza basado en lo que se dio en llamar *trivium*. La

retórica, gramática y lógica antiguas no estaban en sus mejores tiempos. Pero había una actitud positiva hacia ellas. Circunscrita, no obstante, al estrecho ámbito de los *clerici*, focalizada además únicamente en los monasterios o, desde los siglos VI y VII, en algunas *scholae* episcopales y, por supuesto, aplicada a las Escrituras y los textos patrísticos. La enseñanza y las copias de códices permiten referirse, en todo caso, a un período-puente de preservación de un legado clásico a cuya interpretación crítica aquellos eclesiásticos renunciaban abnegadamente.

Incluso en una época de tono cultural tan exánime como se supone que fue la Alta Edad Media hubo momentos centelleantes. Podrían mencionarse tanto el “renacimiento carolingio” como el “renacimiento otoniano”, de los siglos IX y X, respectivamente, para desmentir la imagen plana que sostiene el cliché del olvido medieval de la Antigüedad. El primero de ellos puso énfasis en la filología, el pensamiento y la enseñanza. El segundo en el arte. Y en ambos casos enalteciendo la estética y la política imperial “romanas”. Si no somos capaces de ver en los mármoles del Aquisgrán carolingio, en las piezas de marfil, en la elegancia del orden corintio de una arquitectura de espacios equilibrados y armoniosos, en los mosaicos de Rávena un profundo punto de unión con la tradición clásica, simplemente es porque los árboles del contenido cristiano, que obviamente era el de las basílicas y la iconografía, ocultan el bosque del clasicismo formal. Deliberadamente alentado por la corona en ambos imperios.

Aparte del impulso cortesano de estos movimientos, hay que destacar que los *scriptoria* de la época fueron muy activos. Seguían teniendo puesta la mirada en el pasado. Buringh dice que las obras de Cicerón, César, Lucrecio, Horacio, Marcial, Estacio, Terencio y tantos clásicos se encontraban entre las copias que forman los cerca de 7.000 manuscritos o fragmentos de manuscritos de los siglos VIII y IX que se conservan en ese ámbito cultural. Por supuesto, en la cifra se incluyen otras obras no antiguas, que revelan que en ese “renacimiento” carolingio la actividad intelectual, sobre todo de los monjes, era riquísima. Y más teniendo en cuenta que esa cantidad de manuscritos que se ha salvado –de contenido muy heterogéneo– seguramente es tan solo una pequeña parte –6%– de todos los que se produjeron en la época, quizá unos 100.000 manuscritos (Guyotjeannin, 1998: 83; Buringh, 2011: 139, 237).

Hoy sabemos que incluso en el supuestamente recóndito oriente del reino de Asturias, en la fragosidad de la Cangas de Onís de mediados del

siglo VIII, el clero y la corte –la de Favila, concretamente, como lo demuestra la inscripción de la lápida de Santa Cruz–, latía el lenguaje de la cultura hispanogoda, sus metáforas, su léxico y sintaxis, tan marcados por el saber de la Antigüedad tardía (Díaz y Díaz, 1976, 2001).

Y todo esto en los siglos más difíciles. Porque en los siguientes solo una muy miope visión de la Edad Media no reconocería el influjo de los antiguos. En las letras y los saberes durante el siglo XII hubo un “renacimiento” en Occidente. En 1927 el norteamericano Charles Omer Haskins, que lo calificó así, encontró varios indicadores de la recuperación de la cultura clásica en ese siglo: el uso poético y filosófico del latín, los libros recuperados y utilizados en las escuelas urbanas, el estilo literario de los cronistas, las traducciones que llegaban de los griegos y los transmisores árabes, el relanzamiento del derecho romano, incluso el interés por el conocimiento del mundo natural que había constituido parte de la búsqueda del conocimiento en la Antigüedad (Haskins, 2013). Incluso en el arte, el *románico*, considerado pura esencia de lo medieval, surgió al recuperarse formas arquitectónicas de la época romana, precisamente las que dieron lugar en el siglo XIX a la denominación actual de este estilo. Y quienes llamaron *gótico* al estilo artístico que sucedió a aquel, y lo consideraron bárbaro, obviaron que tal estilo basaba su idea de la belleza –figuras y proporciones– en la Antigüedad (Heers, 1995: 90-92).

En 1948 el libro de Ernst R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, ponía en evidencia las continuidades con el pasado grecolatino. Hoy sabemos que los clásicos en plena Edad Media no solo no habían sido olvidados, sino que eran admirados. Obras y temas como los de Alejandro, la guerra de Troya, Tebas, Virgilio, Ovidio, Cicerón, entre otros muchos, fueron traducidos abundantemente, o versionados. Curtius sostuvo que el espíritu europeo adquiere conciencia de su identidad gracias a la memoria que le proporciona una tradición literaria esencialmente unitaria a lo largo de los siglos (Curtius, 1955; Heers, 1995: 83-89). Todo ello hubiese sido imposible sin una larga mirada retrospectiva de los hombres medievales hacia el pasado antiguo. Guyotjeannin dice que hay unas 4.300 copias de obras de la Antigüedad conservadas en Occidente hasta 1200 (Guyotjeannin, 1998: 83). Aunque no leyeran los códices copiados con la mirada de los clásicos, dado que las creencias cristianas lo harían ontológicamente imposible, no puede decirse que no supieran qué hacer con todo el bagaje de saber acumulado. Cualquier acercamiento reciente refuerza esta idea de que la tradición clási-

ca, incluida la península ibérica, se conservó potente durante la Edad Media, al margen de que sus contenidos fueron adaptados al cristianismo o interpretados según los condicionantes –anacronismo, evemerismo, alegoría– que, naturalmente, pendían de la hermenéutica medieval (Crosas, 2010).

Conocemos bien, en efecto, y valga de ejemplo, el ambiente intelectual de las escuelas urbanas del siglo XII. Aparte de Haskins, Le Goff se refirió hace tiempo a ellas. Otros grandes estudiosos de esas escuelas o de las universidades –Verger– han analizado qué se hacía en ellas. No son escasas la bibliografía y referencias con que se cuenta (Guijarro, 2018). El ámbito francés es el mejor conocido. Las escuelas de Chartres, Laón, por supuesto la catedralicia de París, pese a las dificultades insalvables de Pedro Abelardo para encajar en ella, o la escuela de canónigos de Saint Victor de la capital, son buena muestra del quehacer de aquellos sabios de la Escolástica. Ellos se llamaban a sí mismos *moderni*. Así decían en Laón los *modernorum magistrorum* para distinguirse de los *sanctorum patrum*. Los profesores enseñaban la obra de san Agustín, san Ambrosio, san Gregorio Magno o Beda. Pero conocían y tenían en cuenta los sabios antiguos, además. Y los alumnos de las escuelas sabían de Lucano y Tito Livio, de Salustio, de Virgilio, de Horacio o de Ovidio. Ovidio “moralizado”, bien es verdad, es decir, cristianizado. Así era el ejercicio de adaptación de los literatos paganos. Los intelectuales del siglo XII, artífices del renacimiento de ese siglo, sin apartarse de la cultura eclesiástica, se vieron a sí mismos, por tanto, entroncando con los clásicos. La idea que mejor expresa esta posición ante el pasado se condensa en el célebre aforismo que Juan de Salisbury, el gran pensador político del siglo XII, atribuía en su *Metalogicon*, de mediados del siglo, a un maestro suyo, Bernardo de Chartres: “*Dicebat Bernardus Carnotensis nos esse quasi nanos, gigantium humeris insidentes, ut possimus plura eis et remotiora videre, non utique proprii visus acumine aut eminentia corporis, sed quia in altum subvenimur et extollimur magnitudine gigantea*”, es decir, “Somos como enanos a los hombros de gigantes; podemos ver más, y más lejos que ellos, no por la mayor agudeza de nuestra vista ni por la altura de nuestro cuerpo, sino porque así nos elevamos desde su gran altura”. Esa era la actitud hacia el saber antiguo. De admiración, de reconocimiento. La síntesis entre lo antiguo y lo cristiano era lo que se buscaba. El *Policraticus* del citado Juan de Salisbury, –si lo leemos en una edición crítica– simplemente a través del entrecruzamiento de los pasajes de obras referenciados en las notas a pie de página,

muestra la medida de su propósito: fusión de citas extraídas de las Escrituras, de los Padres, de los teólogos de su época y de los clásicos grecolatinos. Esa era la combinación, en ese caso concreto, de Juan de Salisbury a propósito del buen gobierno, el ideal del príncipe, pero la actitud era extrapolable a otras parcelas del saber.

La amplitud de miras era fertilizada por un caudal creciente de textos, de traducciones. Siempre se había valorado el papel de los árabes como transmisores de la cultura antigua a Occidente, a través de Bizancio. La península ibérica habría jugado un papel de pasarela intercultural, como supusieron Juan Vernet y otros estudiosos. Hace unos años un libro del francés Sylvain Gouguenheim, publicado en España con el título *Aristóteles y el islam*, sobre las traducciones latinas de los textos antiguos, provocó disputas intelectuales en el país vecino (su título en francés, *Aristote au Mont Saint Michel*). Resaltaba la recuperación de textos en las propias instituciones eclesiásticas occidentales, relativizaba la aportación de los traductores árabes, e incluso insinuaba cierta incapacidad de los sabios musulmanes para comprender, en concreto, la filosofía antigua (Gouguenheim, 2009). Tildado de islamófobo por algunos, el ensayo fue avalado por Le Goff. Al margen de la polémica ideológica, queda pendiente aquilatar la contribución árabe-islámica al pensamiento occidental.

Lo cierto es que ya antes del siglo XIII los textos antiguos animaban los debates escolásticos en las aulas de las escuelas urbanas. Los *moderni* contaban con instrumentos de lógica para analizarlos. Se sabe que una cuarta parte de los volúmenes de las escuelas catedrales francesas de los siglos XI y XII eran libros de *artes*. Es decir, *trivium*, la parte de las *artes liberales* que resultaba más útil. Se sabe que en esas bibliotecas solo entre un 5 y un 10% eran obras no cristianas; el resto eran libros bíblicos, patrísticos, teológicos o hagiográficos (Sot, Boudet, Guerreau-Jalabert, 1997: 168; Le Goff, 1986). En el siglo XIII se consolidó la tendencia. En la bien nutrida biblioteca del colegio de La Sorbonne, seguramente la mejor de Francia en la época, una cuarta parte de los 1.722 volúmenes que había en 1338 estaban dedicados a las *artes*; y no solo había libros de lógica, gramática o retórica, sino también algunos del *quadrivium*. Los grandes pensadores del siglo XIII se manejaban con soltura en la tradición antigua. La mejor muestra la ofrece el más grande de todos, santo Tomás. En las dos *sumae*, la *Suma contra gentiles* y sobre todo la *Suma Theologiae*, se han contabilizado 25.000 citas de la Biblia, 8.000 de

los Padres de la Iglesia y de otros autores cristianos, pero hay unas 5.000 de autores paganos, de las que 4.300 son de Aristóteles (Sot, Boudet, Gueureau-Jalabert, 1997: 168, 180; Verger, 1999: 100).

Santo Tomás, al igual que el gótico, estilo cuyo diseño arquitectónico Panofsky comparó genialmente con la complejidad del edificio intelectual escolástico de las *summae*, representan una especie de cenit de la Edad Media. Parece hoy difícil no reconocer que nuestras referencias culturales europeas pudieran prescindir de ese acervo, o minusvalorarlo.

Recordemos también que nuestras universidades, que son las instituciones que han permitido la revolución científica, educativa e intelectual en que se sostiene la sociedad contemporánea, son otra más de las herencias medievales. El mantenimiento de las *artes liberales* durante siglos, la copia y glosa de los textos antiguos y de autores cristianos en los *scriptoria* de monasterios y luego *schollae* catedralicias, el despegue de estas tras la reforma gregoriana, la puesta en marcha de métodos escolásticos y pedagógicos de algunos *magistri*, la autonomización de las *universitates magistrorum et scholarium* respecto del poder capitular local –empezando por la especialización de Bolonia en Derecho y de París en Letras y Teología–, el respaldo en el siglo XIII del papado a los principales centros, a los que dotó de *licentia ubique docendi*, fueron definiendo el proceso.

Bolonia primero, en el siglo XII, luego París y Oxford, en las primeras décadas del siglo XIII, iniciaban el camino. En los reinos hispánicos la Universidad de Salamanca obtenía el respaldo de Alfonso X en 1254 y la bula papal de la *licentia* en 1255. Un poco tarde aparecerían en la península Coímbra y Lérida. Estas tres universidades ibéricas y otra docena más estaban en pie en Europa hacia 1300. Las universidades se triplicaron en poco más de un siglo en el continente, consolidando un nivel de enseñanza superior que, a lo largo de los siglos, ha permitido que las Matemáticas y las Ciencias Naturales, la Medicina, el Derecho y las Humanidades hayan ido creciendo al compás del progreso de la historia europea. Les debemos los métodos críticos de enseñanza y aprendizaje, los sistemas de grados, la sistematización de los saberes, la noción de ciencia. Y eso es algo que también tiene un punto de partida en la Edad Media.

Además, las universidades, nacidas *ab ovo* de la matriz eclesiástica, evolucionaron y no fueron ajenas a un proceso de cambio de valores que, en lo intelectual y en lo social, se produjo desde el siglo XIII, impregnando

durante los siglos siguientes la mentalidad europea. Es el fenómeno que Georges de Lagarde llamó “nacimiento del espíritu laico”, que fue también otra creación genuina de la Edad Media, de la que, por cierto, esta última fue espuria y perversamente despojada por sus detractores.

2.2.2. El dominio de la naturaleza y la aparición de paisajes humanizados

Europa hoy es industrial y postindustrial. Pero al lado de las infraestructuras y las grandes urbes emergen campos de cultivo, praderías, riberas arboladas de ríos, florestas y bosques. Este paisaje refleja un mundo en el que coexisten, mal que bien, la agricultura y la naturaleza. Y numerosos lugares poblados. Villas y aldeas que surgieron en tiempos medievales y que hoy no encajan en los procesos productivos y de organización espacial actuales. Son, en realidad, reliquias del pasado y de delicada gestión en el presente. Hoy mantienen una agónica lucha por retrasar un declive inevitable. Su futuro es incierto, pero son el paisaje de nuestros antepasados. Y el nuestro. Todavía.

Ese paisaje de campos y aldeas, al tiempo habitado y natural, es fruto principalmente de la acción humana desarrollada en el Medievo. El paisaje es siempre dinámico. En la Edad Media el paisaje se relaciona con la evolución agraria, del señorío o de las ciudades. Los estudios recientes ponen de manifiesto este carácter social del paisaje (Rao, 2015), pero ya los grandes medievalistas de los sesenta-ochenta lo habían demostrado (*cfr. infra*).

El medio ambiente en los albores medievales era inhóspito. Es cierto que el Imperio romano había sostenido una civilización agrícola, urbana y comunicada. Pero que solo ocupaba una porción del continente y, dentro de ella, más bien las llanuras y grandes cuencas fluviales. Luego se produjo una crisis y en algunos sitios “colapso” entre los siglos IV y VI. Las ciudades fueron, en gran medida, abandonadas. Se tiene la certeza de que los paisajes de la época se describen bien con la imagen de la maleza invadiendo ruinas de urbes antes florecientes (Fumagalli, 1988, 1996). No todo fue así, es cierto. Unas pocas ciudades mantuvieron un pequeño núcleo habitado y con obispo. Italia y el sur parecen haber resistido mejor la quiebra de una civilización estatal y urbana, como era la romana. Pero incluso en esa Europa la mayor parte del espacio era virgen y en comarcas enteras no existían siquiera